

LA ESCUELA Y LA VIOLENCIA EN LA ERA POST ESTATAL

Eduardo José Cárdenas

A partir del desfundamiento del Estado y de otros parámetros culturales no menos importantes, la escuela y otras instituciones deja de ser instituyente de las subjetividades. Se transforma en un lugar donde se desarrollan encuentros e interacciones que ya no pueden interpretarse desde lo "pedagógico".

La violencia que se visualiza en esos encuentros, entonces, debe ser analizada desde otro punto de vista, que aún está en ciernes. Las incertezas e inseguridades que devienen de esta nueva posición no son fáciles de soportar para analistas, ex docentes y ex alumnos. Por eso lo usual es retrotraerse a viejos valores no vigentes o soñar con falsas utopías: ambas posturas resucitan a la escuela como institución.

Para no perder la perspectiva, deberíamos situar la violencia escolar en el mundo de hoy. Se trata, no es ninguna novedad, de un mundo en intensos cambios. El más importante, sin duda, es lo que Federico Nietzsche llamó "la muerte de Dios". El hombre acostumbraba operar a la sombra de su amparo y con el límite de sus normativas. Hoy en día tanto el intercambio de ternura como el de violencia se realiza al descampado, sin cobertura divina. Y quien dice muerte de Dios, dice muerte de la ley, ya que como reflexionaba Stavroguin, el personaje de los "Endemoniados" de Dostoviewsky, "si Dios no existe todo está permitido".

La angustia y la violencia crecen porque hemos abandonado seguridades que nos habían amparado y guiado, sin encontrar nuevas certezas que cumplan esa función.

Cristóbal Colón, el gran almirante, recurrió a varios métodos para calmar la angustia de sus avezados tripulantes en el histórico viaje en que abandonaron la vieja tierra y tardaban demasiado en encontrar la nueva. Invocó la autoridad de Dios y del rey, pero no le fue suficiente. Se vio obligado a mentir, informando que se viajaba a una velocidad más lenta, o

que había descubierto aves y algas de tierra merodeando las naves. Tuvo también que reprimir episodios violentos causados por la angustia. La humanidad viaja en esas tres carabelas y aún no ha aparecido América.

Es en este contexto que debemos analizar el problema de la escuela. Tan evidente como que hay violencia en la escuela es que en esa institución se enseña y se aprende cada vez menos, y que esto ocurre en porciones que resultan insatisfactorias. No es consuelo suficiente saber que esto sucede en todas las partes del mundo de las cuales hay información al respecto.

La violencia y la no-enseñanza en la escuela van de la mano y son tan chocantes la una como la otra. Porque la escuela fue creada para instituir, como continuación de la familia, ciudadanos racionales, democráticos, trabajadores, higiénicos y entregados a la nación. Para este fin, la escuela divulga (y en cierto sentido crea) la historia de la nación; una narración con un sentido de unidad y de futuro. El ejercicio de la violencia dentro de la escuela resulta entonces una *contradictio in terminis*. Algo sumamente perturbador.

Y esta perturbación inclina a la condena moral de los alumnos y/o de los educadores, inspira retornos al pasado e imaginaciones de futuro, tan utópicos los unos como las otras. Lo malo es que estas utopías, basadas en la angustia de no tener un claro diagnóstico de la situación, aumentan la violencia. Alimentan juicios de valor sobre personas y situaciones.

El error de diagnóstico al que nos referimos es creer que el lugar-escuela sigue siendo ocupado por la institución-escuela. Pero en realidad no es así, porque la escuela como institución formaba parte del aparato estatal, y de una constelación de instituciones conectadas entre sí (familia, escuela, ejército, tribunales, hospitales, etc.) que instituían al ciudadano. Hoy en día, con la caída de la ley y del Estado, no hay ciudadano que instituir. La escuela ha finalizado su cometido. En el lugar-escuela no habita ninguna institución. Ya no hay violencia por represión (lo que era propio de la escuela-institución) sino violencia por anomia, lo que es propio de un lugar vacío de sentido.

Hemos pasado de una ley preexistente que unía subjetividades concordantes, a tener que establecer reglas de juego efímeras, precarias. Y ante la imposibilidad de encontrar o volver a lo primero, y la falta de entrenamiento en lo segundo, la violencia brota. De las leyes para la nación a las reglas para cada situación, no sustentadas por un cielo estatal ni divino, hay un trecho largo y duro de transitar sin movimientos brownianos que

hieran al próximo.

La obvia consecuencia es la incomunicación por falta de un código común, la superfluidad de la palabra y el demasiado veloz cambio de una subjetividad institucional (que exigía y entrenaba en la concentración, la memoria, la conciencia, el saber y la crítica) a una subjetividad fluida y mediática (que privilegia la actualidad, la imagen, la opinión y la recepción).

La experiencia pedagógica tradicional queda destruida, sin repercusión ni significado. El “docente” pasa a ser una nada, no puede “enseñar” y consiguientemente se enferma y falta. El “alumno”, que ya no lo es, pasa a ejecutar interacciones no programadas en el lugar llamado escuela, con algunas reglas acordadas, pero con gran espacio para movimientos que llamamos violentos.

Sin embargo, hay dos fenómenos detectables y esperanzadores. El primero es la aparición de formas de cuidado mutuo como reemplazantes de la institución que amparaba. Son situaciones de dos y no de tres (Lewkowicz). Entre ellas figura la mediación. La mediación crea reglas, no leyes. Reglas convencionales y efímeras. Regula situaciones. Propicia contextos de paz para encuentros saludables. No por nada ha dado resultados magníficos en los lugares llamados escuelas.

Además, nacen nuevas subjetividades, o mejor dicho pueden detectarse ya elementos que instituyen nuevas subjetividades (distintas de las anteriores, por cierto). La cinematografía, la novela, el teatro, dan cuenta de este fenómeno. También algunas investigaciones de campo, donde aparecen fenómenos como el aguante, el aguantadero, el “nosotros”, el bautismo, el líder situacional, el secreto (Coria).

Estas nuevas subjetividades pueden ser registradas por empatía y testimonio, no desde el área académica tradicional por cierto.

En síntesis: la violencia escolar no es un síntoma como lo era antes, en la era institucional. Cada situación debe ser leída; no hay teoría; hay experiencias de constitución.
